

## Reseña

Joaquín Fernandois. *La democracia en Chile. Trayectoria de Sísifo*. Santiago: Ediciones Universidad Católica, Centro de Estudios Públicos, 2020. US\$21.70 (ISBN: 9789561427273), 588 pp.

**Eduardo Posada Carbo**  
University of Oxford, Reino Unido

Llegué a la historia de Chile en parte por accidente, tras una memorable visita en 1993 a mis padres, quienes entonces vivían en Santiago —eran los tiempos de la transición, bajo la presidencia de Patricio Aylwin. Fue una especie de amor a primera vista y desde entonces he mantenido un especial interés por la historia de este país, motivado además por estimulantes encuentros con entrañables amigos y copartícipes de aventuras académicas, así como por las lecturas de una riquísima historiografía a la que se suma ahora el último libro de Joaquín Fernandois, *La democracia en Chile. Trayectoria de Sísifo*. Su extensa bibliografía me sirve de advertencia, página tras página, sobre mis limitaciones para servir aquí de justo reseñador. Entiendo mi papel, pues, como el de un comentarista desde las márgenes, interesado en la historia de la democracia, en particular en Latinoamérica, con énfasis en Colombia. Dejo a otros expertos en la materia la tarea de examinar los aspectos específicos de la historia de la democracia en Chile, estudiada en la obra de Fernandois. Propongo, en cambio, ofrecer aquí algunas observaciones comparativas, con el fin de hacerles seguimiento a algunos de los temas importantes que surgen de la lectura del libro: ¿cómo abordar una historia de la democracia?; ¿qué sitio ocupa Chile, y Latinoamérica por extensión, en la historia global de la democracia?; ¿existe una cultura política, una tradición democrática en la región, y, si existe, qué significado tendría el saber valorarla?

El libro de Joaquín Fernandois aparece en un momento bastante oportuno, y oportuno en muchos frentes. Oportuno en momentos de

la llamada crisis global de la democracia. *Democracy and Its Crisis* del filósofo A.C. Grayling (2017) es apenas uno de los tantos títulos entre una verdadera explosión bibliográfica sobre un tema que ha ocupado con frecuencia las portadas de la prensa internacional en los últimos años.<sup>1</sup> Pero oportuno, también, y quizás de mayor relevancia para quienes nos ocupamos de la disciplina histórica, por coincidir asimismo con el creciente interés de los historiadores en abordar el tema de la democracia, hasta hace poco un campo casi exclusivo de los científicos sociales. Si se piensa en obras de referencia obligada en la literatura sobre la democracia en general (todas registradas en el libro de Fermeandois), como las de Barrington Moore, Charles Tilly, John Dunn, Giovanni Sartori, Adam Przeworski, o sobre la democracia en Chile, como J. Samuel Valenzuela, sus autores suelen provenir de la sociología, la ciencia política y la teoría política.<sup>2</sup> Con ello no estoy expresando celos disciplinarios. Muy por el contrario, es el simple reconocimiento de un hecho: los historiadores han guardado cierta distancia frente al tema, una observación que debo a Joanna Innes, historiadora inglesa quien ha coeditado con Mark Philp dos libros recientes sobre cómo la ‘democracia’ fue ‘reimaginada’ durante la ‘era de las revoluciones’.<sup>3</sup> Las razones de las reservas disciplinarias se fundan en la dificultad de definir la materia de estudio: la ‘democracia’ es uno de esos conceptos que Walter Gallie (1955-1956) identificó como ‘esencialmente controvertible’. Hay, por supuesto, excepciones —quizás las más significativas sean las de la historiografía norteamericana, donde la historia política de Estados Unidos ha tendido a confundirse, de una manera bastante acrítica y complaciente, con la misma historia de la democracia moderna, su supuesta cuna.<sup>4</sup> Y el libro de Fermeandois es particularmente oportuno en un frente adicional: el de la coyuntura chilena.

*La democracia en Chile* estimula el diálogo en todos estos frentes, aunque Fermeandois sabe tomar distancia del presente: “no se puede

---

<sup>1</sup> Otro, quizás de mayor difusión, es el de Levitsky y Ziblatt (2018).

<sup>2</sup> Uno de los más ambiciosos ejercicios recientes proviene de las ciencias sociales. Ver Stasavage (2020).

<sup>3</sup> Me refiero a Innes y Philp (2013, 2017). El libro reciente de Martin Conway (2020) reconfirma el renovado interés en el tema de la democracia por parte de los historiadores. Un libro extraordinario que examinó la historia de Alemania desde la perspectiva de su historia democrática es el de Margaret Lavinia Anderson (2000).

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, el aclamado libro de Sean Wilentz (2005). En el prefacio (xxii), Wilentz se refiere a la ‘democracia de los esclavistas’, una contradicción conceptual frecuente en las historias de la democracia en Estados Unidos.

escribir una historia contemporánea si se es prisionero de lo que está sucediendo” (34), advierte a sus lectores en el preámbulo. Su forma de acercarse al tema le permite también distanciarse de los profetas del desastre: “la democracia está muchas veces asociada a la crisis porque es el sistema de la crisis” (96). Hay que diferenciar entre crisis y quiebre. El libro las distingue muy bien, tras reconocer que “la democracia es un proceso inacabado” (95). Y tras advertir, además, que, a través de su historia, “los seres humanos van modificando sus ideas acerca de lo que debe ser comprendido dentro de la democracia” (95). Esta es, claramente, la observación central que conduce a la interrogante que se hace la disciplina: ¿cómo poder abordar, entonces, una historia de democracia cuando nuestro entendimiento sobre la misma se ha modificado con el paso del tiempo? Fernandois nos ayuda a resolverlo, al anotar que su libro “no consiste en una historia de la democracia en Chile, sino en cómo el país encaró, pensó, sorteó o asumió los desafíos en la prosecución de un sistema democrático” (38). Toda historia de la democracia es, por lo tanto, la “historia de la discusión —duda y afirmación— sobre ella misma” (36).

Así, ¿por dónde comenzar? ¿Y por dónde comenzar en los casos de Chile y Latinoamérica? Fernandois parece alinearse con el canon: Grecia y Roma, la antigüedad como raíz remota; las ‘ciudades-repúblicas’ de Italia, en un estado intermedio; y el mundo anglosajón como lugar de origen más inmediato, fuente de la modernidad.<sup>5</sup> Aquí estarían las bases del ‘modelo occidental’ que enmarcan su examen de la experiencia chilena. Aunque Fernandois señala con claridad que “ello no hace de la democracia un simple producto de Occidente [...] que sería transferible a otras experiencias” (102). Ese ‘modelo’, o ‘artefacto cultural’ está sujeto no solo a que se le imite, sino también a que sea apropiado por otras sociedades, dada la universalidad que le es inherente.

Algunas historias recientes de la democracia (Keane 2009; Stasavage 2020; Isakhan y Stockwell 2012) han buscado desoccidentalizarla a partir de conceptos quizás algo más laxos, desvinculados de la genealogía de la expresión, que pueden conducir a ejercicios de “estiramiento conceptual” (Sartori 2009, 14) poco conducentes a genuinas comparaciones. Les tengo mis reparos, a pesar de encontrarlos académicamente atractivos y hasta necesarios. Mis propios trabajos se encuadran en el marco general

---

<sup>5</sup> Esto es lo que hace el libro de Paul Cartledge (2016), donde el salto a la democracia moderna se agota en las referencias canónicas a Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña.

ofrecido por Fernandois, pero quizás extendiendo sus calificaciones al 'modelo occidental'. Una vez apropiado por algunas sociedades, estas lo pueden modificar —y en efecto lo modificaron. Por eso, en su desarrollo, la democracia (un producto inacabado, como nos lo recuerda el autor) pierde paternidad única. Piénsese en un principio tan elemental como el de 'una persona, un voto', que en muchos países europeos (incluidos los nórdicos) no se impuso sino hasta el siglo XX. O piénsese en criterios de igualdad ciudadana por encima de las diferencias raciales, que solo se impusieron en Estados Unidos tras el Civil Rights Act de 1964. Con estas observaciones solo quisiera sugerir la necesidad de cierto distanciamiento frente al 'modelo occidental' para una mejor apreciación de nuestras historias democráticas en Latinoamérica. Fernandois hace uso del 'modelo' para ofrecernos un marco normativo que elabora con suma agudeza. Pero en su desarrollo histórico, en el mismo mundo occidental que pudo haberle dado origen, el 'modelo' con bastante frecuencia dejó de ser paradigmático, a menos que solo conservemos sus nociones abstractas.

¿Desde cuándo, entonces, podemos historiar la democracia en Chile y en Latinoamérica? Fernandois abre su texto (después del preámbulo y el prólogo) con el 'balbuceo republicano' de la emancipación y el establecimiento del orden portaliano. Y, paso seguido, interrumpe la narrativa histórica para introducirnos en la normatividad democrática. El lugar del capítulo tercero, entre el ocaso de Portales y los desarrollos a partir de la mitad del siglo XIX, no me parece fortuito. Las fronteras, es cierto, son algo ambiguas. Al final del capítulo segundo, Fernandois se refiere a la evolución de la política chilena hasta la década de 1860 "como una suerte de protodemocracia" (87), pero, al juzgar la naturaleza de los cambios emancipatorios, ha reconocido que, pese a ciertas continuidades coloniales, se produjo una "novedad hasta cierto punto radical" (37), identificada con nuevas experiencias políticas que estuvieron acompañadas con "la aparición del lenguaje republicano o republicano-democrático" (38). Reconoce, asimismo, los importantes desarrollos institucionales ocurridos hasta la década de 1870, que habrían propiciado "una evolución marcada hacia una cultura política pluralista" (88), hacia la sociedad abierta que posibilita la democracia. Y nos habla de la existencia de un 'proceso democrático' en Chile, en referencia a los desarrollos históricos que desde mediados de siglo condujeron al conflicto de 1891. Solo

puedo imaginar sus dudas y reflexiones antes de decidir dónde ubicar el capítulo 3, pero al no abrir el texto con el examen de la definición de la democracia, sino después de las primeras décadas posindependentistas, Fernandois parece ubicar el origen de su historia democrática en la segunda mitad del siglo XIX.

Pienso, sin embargo, que hay muchos elementos para comenzar la historia en el momento de la invasión napoleónica, tanto en Chile como en el resto de Latinoamérica.<sup>6</sup> En efecto, uno de los valiosos aportes de la historia de Fernandois es el de ubicar el relato sobre Chile en la llamada ‘primera larga ola de la democracia’, propuesta por Samuel Huntington (2012), de donde Latinoamérica estuvo ausente (excepto con tímidas apariciones en la segunda década del siglo XX). Si es legítimo escribir historias de la democracia, hay razones entonces para comenzar a llamarla así en Latinoamérica desde las ‘novedades radicales’ identificadas por Fernandois en Chile tras la independencia. Como advirtieron Steven Mulberger y Phil Paine (1993) en un ensayo revisionista temprano, si solo podemos escribir historias de las democracias cuando estas se hayan perfeccionado, entonces nunca existirán historias de las democracias.

Esta narrativa de larga duración —el libro de Fernandois cubre más de dos siglos de historia— debe servir para interrogar los discursos aún dominantes sobre la cultura o las tradiciones políticas latinoamericanas. En la experiencia chilena examinada por el autor, son muy notables los largos períodos de procesos democráticos —considérense tan solo los años de la llamada ‘época oligárquica’ (1891-1924), el período transcurrido entre 1932 y 1973, y las tres décadas que han pasado desde el regreso de la democracia. Es cierto, como advierte Fernandois, que la democracia es un “sistema eminentemente frágil, vulnerable” (112). Las posibilidades, ¿amenazas?, de ‘rebote’ del chavismo en Chile o de populismos de derecha como en Europa o en Estados Unidos, analizadas en las reflexiones del capítulo concluyente, se vuelven remotas en la medida en que se sepa apreciar el valor de la cultura democrática (tanto en Chile como en Latinoamérica), de sus logros y sus limitaciones en sus dos siglos de historia.

---

<sup>6</sup> Véanse tanto el trabajo más reciente como el clásico de J. Samuel Valenzuela (2012, 1985, respectivamente). Véase también mi ensayo ‘La independencia y los orígenes de la democracia en Hispanoamérica’ (2011).

¿Problemas irresueltos? Nos responde Fernandois: “como si pudiese existir una sociedad humana con conflictos resueltos”. “Lo humano”, añade, “es lo no resuelto [...] en ello radica su abismo, su gracia y grandeza” (538). Son estas sabias advertencias sobre los procesos que pueden conducir, y han conducido en el pasado, a la autodestrucción democrática, desde la derecha, desde la izquierda. Estamos ante un libro oportuno, provocador e intelectualmente estimulante, fruto de una rigurosa investigación y de las lecciones acumuladas por un historiador de larga trayectoria en el oficio. Central a sus preocupaciones es la necesidad de elevar el nivel del debate público, papel que corresponde a las ‘clases discutidoras’, protagonistas paradigmáticos del drama democrático que Fernandois ilustra con un pasaje trágico, cargado de humor, tomado de la última sesión antes de que se disolviera el Congreso chileno el 10 de septiembre de 1924: “No, señor, no, no. Ya va a ser la una de la mañana, y para oír latas, ya está bueno”.

## Bibliografía

- Anderson, M.L. 2000. *Practicing Democracy. Elections and Political Culture in Imperial Germany*. Princeton: Princeton University Press.
- Cartledge, P. 2016. *Democracy. A Life*. New York: Oxford University Press.
- Conway, M. 2020. *Western Europe's Democratic Age, 1945-1968*. Princeton: Princeton University Press.
- Gallie, W.B. 1955-1956. Essentially Contested Concepts. *Proceedings of the Aristotelian Society* 56, 167-198.
- Grayling, A.C. 2017. *Democracy and Its Crisis*. London: Oneworld Publications.
- Huntington, S. 2012. *The Third Wave: Democratization in the Late 20th Century*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Innes, J. y Philp, M. (eds.) 2013. *Re-Imagining Democracy in the Age of Revolutions. America, France, Britain, Ireland 1750-1850*. Oxford: Oxford University Press.
- Innes, J. y Philp, M. (eds.) 2017. *Re-imagining Democracy in the Mediterranean, 1780-1860*. Oxford: Oxford University Press.
- Isakhan, B. y Stockwell, S. (eds.) 2012. *The Secret History of Democracy*. Basingstoke, New York: Palgrave MacMillan.
- Keane, J. 2009. *The Life and Death of Democracy*. London: Simon & Schuster.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. 2018. *How Democracies Die. What History Reveals about Our Future*. New York: Penguin Random House.
- Mulberger, S. y Paine, P. 1993. Democracy's Place in World History. *Journal of World History* 4(1), 23-45.
- Posada Carbó, E. 2011. La independencia y los orígenes de la democracia en Hispanoamérica (13-56). En Calvo Stevenson, H. y Meisel Roca, A. (eds.), *Cartagena de Indias en la independencia*. Cartagena: Banco de la República de Colombia.

- Sartori, G. 2009. Concept Misformation in Comparative Politics (13-43). En Collier, D. y Gerring, J. (eds.), *Concepts and Method in Social Science*. London: Routledge.
- Stasavage, D. 2020. *The Decline and Rise of Democracy. A Global History from Antiquity to Today*. Princeton: Princeton University Press.
- Valenzuela, J.S. 1985. *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*. Buenos Aires: Ediciones del IDES.
- Valenzuela, J.S. 2012. From Town Assemblies to Representative Democracy: The Building of Electoral Institutions in Nineteenth-Century Chile. Working Paper 389, Kellogg Institute.
- Wilentz, S. 2005. *The Rise of American Democracy. Jefferson to Lincoln*. New York, London: W.W. Norton & Company. *EP*